

La invasión

1852

El capitán Padrenka

EL 12 de Julio se presentó á la puerta de mi cabaña el capitán Kalopov con sable y charreteras, uniforme que yo nunca le había visto todavía.

—Vengo de casa del coronel y mañana sale nuestro batallón, —dijo en respuesta á la mirada interrogadora que le dirigí al recibirle.

—Y dónde va el batallón?—pregunté.

—A N. N... Allí está ordenada la concentración de tropas.

—Probablemente saldréis luego de operaciones?

—Con seguridad.

—Y dónde será eso?

—No sé; os comunico cuanto sé sobre el particular. Ayer llegó un tártaro enviado por el general con la orden de ponernos en marcha con provisiones para dos días... Que á dónde, ni por qué? Eso, amigo, no se pregunta. Nos mandan salir y obedecer es la ley.

—Sin embargo, el hecho de que la tropa no se provea más que para dos días, indica que no os harán andar más tiempo.

—Oh! Eso nada significa...

—Cómo que no?—pregunté extrañado.

—Cuando fuimos á Darghui no teníamos provisiones más que para una semana y estuvimos allá casi un mes.

—Podría yo acompañaros?—pregunté tras un corto silencio.

—Podéis venir; pero yo os aconsejaría quedaros. Para qué exponerse...

—No; permitidme que no siga vuestros consejos. Hace un mes que estoy aquí esperando la ocasión que se me presenta ahora, y queréis que la deje escapar?

—Bueno, como queráis; pero creo que haríais mejor en quedaros. Vos nos esperáis aquí entregado á esas excursiones cinegéticas que tanto os entusiasman, mientras nosotros, con la ayuda de Dios, nos vamos á la guerra. Eso será lo mejor,—dijo con aire de convencimiento que no pudo menos de satisfacerme. Sin embargo, le contesté resueltamente que no rendía mi voluntad á ningún precio.

—Y qué veréis allá?—prosiguió el capitán pretendiendo aun vencerme.—Si queréis conocer los modos de combate que existen, estudiad *Las descripciones de la guerra*, de Mikhailovski-Danilevski, hermoso libro en el cual se pintan al detalle la posición de los diferentes cuerpos y formas de batalla.

—Pero, eso es precisamente lo que no me interesa,—repuse.

—Entonces, qué pretendéis? Ver solamente cómo se matan los hombres? Mirad, el año 52 teníamos un voluntario, de origen español, si mal no recuerdo, que, con su gran capa azul al hombro, hizo con nosotros dos largas campañas. Por fin murió, el pobre, en uno de los combates. En esto no tiene la suerte miramientos...

Apesar de la vergüenza que me causó la mala interpretación que el capitán daba á mis deseos, no quise disuadirle de ella siquiera.

—Y era valiente el muchacho?—pregunté.

—Válgame Dios!... Era siempre de los primeros en atacar al enemigo, y se le hallaba siempre donde se combatía con más violencia.

—Era un héroe,—añadí.

—No; no, señor. No es héroe quien se pone en peligro sin necesidad.

—Entonces, á quién concedéis tan hermoso calificativo?

—Héroe! Héroe!—repetía el capitán como un hombre á quien se presenta por vez primera tan difícil problema.—*Héroe es aquel que obra siempre como más conviene*,—dijo tras breve reflexión.

Luego recordé que Platón ha definido la bravura diciendo que es: *Conocimiento de lo que hay que temer y de lo que no se debe temer*, y no obstante lo vulgar de la definición del capitán, pensé que no se diferenciaban quizás la una de la otra tanto como á simple vista parece, y que hasta la definición del capitán era más

precisa que la del filósofo griego; pues de haberse podido explicar con la facilidad de Platón, seguramente la hubiera expresado diciendo: Es héroe aquel que teme *lo que hay que temer* y no teme *lo que no se debe temer*.

Yo quise explicar mi pensamiento al capitán.

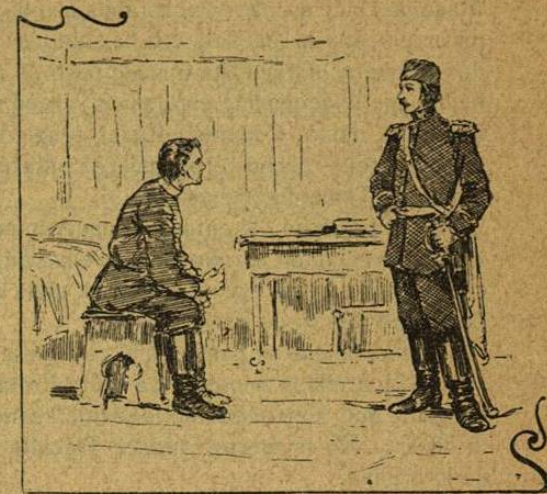
—Sí,—le dije,—me parece que hasta en el peligro existe el derecho de elección. Y cuando, por ejemplo, se elige el camino del peligro llevado por un sentimiento de deber, es bravura; pero cuando se hace bajo la influencia de un sentimiento inferior, es comodidad. De ahí que no pueda llamarse valiente al hombre que por ambición, curiosidad ó avaricia pone su vida en peligro y, por el contrario, no es cobarde aquel que se aleja del peligro influido por un sentimiento honrado, como lo es el deber para con su familia ó bien la propia conservación.

Mientras hablaba, mirábame el capitán con expresión extraña.

—Oh! ya sé que me es imposible discutir con vos,—dijo cargando la pipa.—Pero en mi regimiento hay un alférez que gusta de filosofar y con ese podríais tratar del asunto. Hasta escribe versos!

Había conocido yo al capitán en el mismo Cáucaso, aunque ya habíanme contado en Rusia muchas cosas de él. Su madre, María Ivanovna Kalopova, tenía una propiedad situada á dos *vers-tas* de la mía y en ella habitaba.

Antes de partir para el Cáucaso, fuí á visitarla. La anciana llenóse de contento al pensar que yo podría ver á su Padrenka, como llamaban al capitán de cabello canoso, y que podría darle noticias de su modo de vivir, de su estado de salud, y hasta entregarle un paquetito.



Después de obsequiarme con *pâté de foie de volailles*, María Ivanovna entró en su alcoba, de donde salió luego con un hermoso reliquiario, grande, negro y colgando de una cinta de seda del mismo color.

—He ahí á nuestra Madre amorosa,—dijo besando la cruz y la imagen de la madre de Dios, mientras me lo ponía en las manos.—Tened la bondad, *padrecito*, de entregarle esto. Cuando marchó al Cáucaso hice un acto de acción de gracias, prometiendo que si salía con bien mandaría hacer esta imagen de la excelsa Madona. Hace ya diez y ocho años que la Protectora y los Santos miran por él y ni una sola vez ha sido herido, no obstante los reñidos combates en que ha tomado parte. Cuando me lo contó Mikhailov que le acompañó en algunos, creed que los pelos se me pusieron de punta. Cuántas noticias tengo de él, me son dadas por gente extraña, porque él no quiere contarme sus campañas, mi palomito!... Teme que me asuste.

En el Cáucaso me enteré, aunque no por el mismo capitán, de que había recibido heridas de gravedad en cuatro encuentros diferentes; pero, como era muy natural, nada quería decir á su madre de sus heridas ni de sus campañas.

—Decidle que se ponga en el pecho esa reliquia sagrada,—continuó,—con ella le bendigo. La santa Protectora le guardará. Encargadle que sobre todo no la olvide cuando entre en batalla. Se lo diréis... No es cierto, *padre*? Decidle que es su madre quien se lo ordena.

Por mi parte ofrecí cumplir rigurosamente la misión.

—Tengo la convicción de que os agrada el carácter de mi Padrenka,—añadió.—Es tan bueno! No pasa un año sin que me envíe dinero. También ayuda mucho á mi hija mayor, y todo eso con sus cortos haberes!—Y con los ojos bañados en lágrimas, dijo:—A todas horas doy gracias á Dios por un hijo tan bueno como me ha dado.

—Le escribe á usted con frecuencia?—le pregunté.

—Raramente; puede que una vez al año! Cuando me envía el regalo siempre añade cuatro letras: «Mamá, si no le escribo es porque estoy bien y Dios me guarda del peligro. Caso de ocurrirme algo ya escribirían sin mi permiso...»

Cuando entregué al capitán el regalo de su madre estábamos en mi casa, y pidiéndome un pedazo de papel envolvió en él cuidadosamente el reliquiario y lo guardó. Contéle con todo género de detalles la vida de su madre; el capitán escuchábame en silencio.

Al terminar mi habladuría, fué á un rincón donde permaneció bastante rato arreglando su pipa.

—Ah, sí, viejecita mía, Dios permitirá que volvamos á vernos! —murmuró desde el rincón con voz entrecortada.

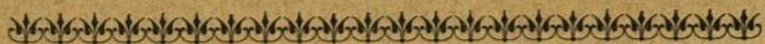
En estas sencillas palabras se encerraba todo su amor y toda su inmensa tristeza.

—Por qué hacéis aquí vuestro servicio?—le pregunté.

—Porque estoy obligado de todos modos á seguir en filas... y para los pobres un salario doble es cosa de importancia,—contestó.

El capitán vivía con mucha economía. Ni jugaba á las cartas, ni bebía más que de tarde en tarde, ni, aunque fumador, gastaba mucho en tabaco, que siempre compraba de la peor calidad.

El capitán no era uno de esos hombres que se hacen simpáticos al primer momento, aunque su fisonomía era alegre y tranquila, de esas que agradan al observador para estudiarlas con detenimiento; pero, después de nuestra primera conversación, experimenté por él un verdadero sentimiento de admiración y de profundo respeto.



II

Una causa de alegría

A las cuatro de la mañana del día siguiente vino á buscarme el capitán. Llevaba una americana de corte antiguo y muy usada, sin charreteras, pantalón largo y ancho, gorro alto, blanco, de paño y ya muy sucio. El sable asiático, que llevaba colgado á la espalda, estaba bastante mal conservado. Montaba un caballo blanco que, cuando iba al trote, bajaba la cabeza y agitaba sin cesar la corta cola. No obstante ser poco marcial el gesto y la figura del capitán á caballo, expresaba también tal indiferencia por cuanto le rodeaba que no podía menos de causar un involuntario respeto.

No le hice esperar. De un salto subí sobre mi caballo y juntos franqueamos la puerta fortificada de la población.

El batallón estaba á distancia de unas doscientas *sagenas* y parecía una gran masa negra, compacta y movable. Adivinábase que era la infantería la que estaba en marcha, por el brillo de las bayonetas, las canciones que entonaban los soldados, cuyo eco llegaba de vez en cuando á nuestros oídos, el ruido del tambor y la soberbia voz de tenor del maestro de coro de la sexta compañía, que miles de ratos deliciosos me había hecho pasar cuando estaban en la fortaleza. El camino se abría á través de una garganta ancha y profunda por la orilla del río, que por allá corría, ó mejor, se desbordaba caudalosamente. Al rededor revoloteaban en bandadas los

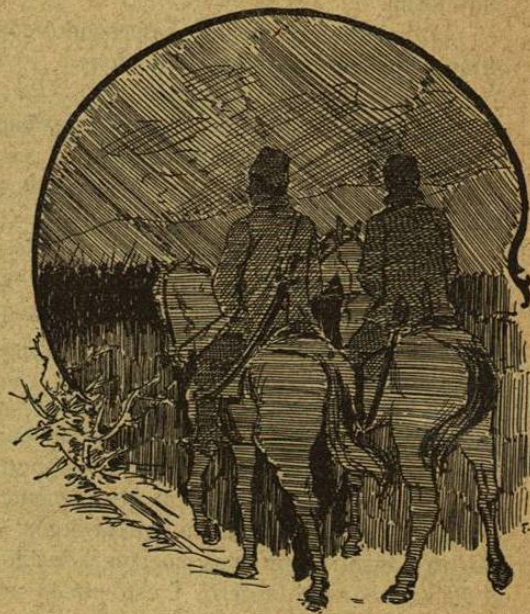
palomos silvestres, ya deteniéndose en los peñascos que formaban la orilla del río, ó perdiéndose de vista después de trazar en el aire anchos círculos. El sol no había despuntado aun, pero del otro lado de la garganta comenzaban á apagarse los astros. Las piedras grises y blancas, el musgo de un amarillo verdoso, la maleza que crecía por todas partes estaba cubierta de rocío; todo, en fin, resaltaba con extraordinaria precisión ante la luz que transparentaba la neblina de la mañana. El efecto era contrario si se dirigía la vista al lado opuesto, donde el fondo cubierto por un tupido velo de densa neblina aparentaba á intervalos la humareda de un monte en combustión, y el ramaje humedecido por el rocío proyectaba sombras iluminadas por extraña irización de colores: lila pálido, casi negro; verde oscuro, blanco y otros sin fin que le daban variedad y extraordinaria belleza. Allá lejos, frente á nosotros, sobre el azul oscuro del horizonte, veíase destacarse perfectamente con sus más insignificantes detalles, el conjunto de la naturaleza al amanecer

y las montañas coronadas de nieve con sus manchas oscuras, elegantes, esbeltas...

Los grillos, moscardones y millares de insectos corrían por entre la hierba llenando el aire con la estridencia de sus continuos cantos. Hubiérase dicho que un sin fin de campanillas sonaban al oído. El aire estaba impregnado de olores de toda clase... en una palabra, notábase en todo la belleza de una mañana de verano.

El capitán rozó una cerilla de madera y encendió su pipa. El aroma del tabaco y del azufre me agradaron por la vez primera.

Cabalgamos al trote á lo largo del camino para unirnos cuanto



antes á la infantería. El capitán parecía más pensativo que de ordinario; apretaba con los dientes el extremo de la pipa y fustigaba al caballo que, balanceándose gallardo, dejaba un rastro apenas perceptible sobre la hierba alta y húmeda. De sus mismos pies salió un faisán, y con ese grito singular y el fuerte aleteo que hace estremecer involuntariamente al cazador experto, se remontó por los aires, suave y dulcemente. El capitán no le hizo caso.

Habíamos ya casi alcanzado al batallón, cuando oímos aproximarse á nosotros el galope de un caballo. De pronto, se nos presentó delante un gallardo mancebo, muy joven, vestido de oficial y cubierta la cabeza con gorro blanco. Poniéndose junto á nosotros, sonrió, hizo al capitán el saludo de ordenanza y picó espuelas... Yo no tuve más que el tiempo indispensable para ver que se sentaba en la silla y llevaba las riendas de la cabalgadura con un particular donaire; tenía hermosos ojos negros, nariz pequeña, muy fina, y bigote naciente. Lo que más me gustó en él fué su sonrisa al observar que le mirábamos. Por sólo ese detalle, se podía asegurar que era muy joven.

—Dónde va ese ahora?—se preguntó con aire enfadado el capitán, sin separar la pipa de la boca.

—Quién es ese?—pregunté.

—El sub-teniente Olenín, un oficial subalterno de mi compañía. El mes pasado salió de la Academia.

—Entonces, es la primera vez que sale de operaciones,—contesté.

—He ahí la causa de su contento!—dijo el capitán moviendo la cabeza como en señal de lástima.—Qué cosa es la juventud!

—Y por qué no ha de alegrarse? Creo que ha de ser esto muy interesante para un oficial joven.

El capitán calló algunos momentos.

—Es lo que me admira en la juventud!—dijo en voz baja.—Por qué alegrarse de una cosa que se desconoce? Cuando se ha tomado parte en muchas acciones de guerra, entonces ya no gusta salir para hacer frente al enemigo. Hoy, por ejemplo, somos veinte los oficiales que tomamos parte en la expedición y con seguridad varios de entre nosotros seremos muertos ó heridos. Hoy yo, mañana él, al día siguiente un tercero. Y esto puede ser causa de alegría?

III

El valeroso Rosenkrantz

EL sol brillante salía de entre las montañas y comenzaba á iluminar la pradera por entre la cual marchábamos; dispersábanse las ondulantes nubes de neblina, y comenzaba á calentar el sol. Los soldados marchaban despacio por el camino lleno de polvo, con el fusil y el saco á la espalda. En las filas no se oía más que de vez en cuando las conversaciones picarescas y las risas de los soldados. Algunos de los viejos, oficiales en su mayoría, vestidos con blancas túnicas caminaban con la pipa en la boca por el borde del camino y hablaban de cosas serias. Las carretas enormemente cargadas, deslizábanse arrastradas por tres hermosos caballos, que avanzando suavemente levantaban una espesa nube de polvo. Los jefes cabalgaban en primer término; algunos de ellos *djiguitaban*, como dicen en el Cáucaso, esto es, que incitando al animal, le hacían saltar cuatro veces seguidas para luego parar en seco vueltos de cara al regimiento; otros ocupábanse de música y á pesar de empezar á ser asfixiante la temperatura, entonaban canciones que se sucedían sin cesar.

A cien *sagenas* de la infantería, sobre un hermoso caballo blanco, iba al frente de la caballería tártara, un oficial gallardo y arrogante en traje asiático. Conociábase en el regimiento como hombre de un valor extraordinario, *capaz de cantar las cuarenta*

al hijo del sol. Llevaba un dolmán negro guarnecido de bordados de oro, botas bordadas, pantalones nuevos y ajustados que ceñían sus piernas, una *tcherkeska* amarilla, gorra alta echada hacia atrás y el pecho y espalda llenos de bordados de plata; por delante le pendía la caja de pólvora y en la espalda llevaba colocadas dos pistolas; en el cinto llevaba encerrado, en un estuche de plata, otra pistola y un puñal; en el costado izquierdo un hermoso sable y colgado á la espalda el fusil enfundado en un estuche negro. Por sus vestidos, su compostura, en general por todos sus movimientos, veíase que deseaba parecer un verdadero tártaro. Hasta hablaba á los tártaros que iban á su lado, en un idioma para mí desconocido. Pero las miradas alegres y burlonas que sus acompañantes cambiaban entre sí, parecíanme significar que no le comprendían. Era uno de los nuevos oficiales, valeroso *djiguita* instruído con arreglo á las fórmulas de Marlinski y Sermontov. Esos hombres no veían el Cáucaso más que á través del prisma de *Los héroes de nuestro tiempo* de Mulla-Nuz, y en todos sus actos se conducían por su propio criterio sugestionados por sus modelos.

Así, por ejemplo, gustaba el teniente de frecuentar la relación de señores aristocráticos, de hombres importantes, generales, coroneles, mariscales y estoy seguro de que hacía esto por la ambición que le dominaba hasta el más alto grado; y aún considerando como su deber dispensar protección á todos esos personajes, jamás caía en grosería extrema. Cuando llegaba á sus oídos que en el pueblucho donde iba de destacamento había alguna señorita, rondaba su casa acompañado de amigos y lanzaba en voz alta todo género de imprecaciones é injurias para que le miraran las gentes reparando en sus bellas formas y porte distinguido, siempre con su camisa roja, y los pies desnudos en sus botas ricamente bordadas.

Algunas veces, acompañado de dos ó tres *honrados* tártaros, se pasaba la noche en las montañas y ponía guardia en los caminos para insultar á los transeúntes más sosegados, sin escuchar la protesta de su corazón que le decía no haber en ello la menor prueba de valentía; pero estimaba necesario hacer sufrir á todos aquellos seres que le desagradaban ó que prometía odiar y perseguir.

Jamás se separaba del puñal que llevaba oculto entre la camisa y del cual no se desprendía ni aun para dormir, ni de la imagen que colgaba de su cuello. Sabía con certeza que multitud de enemigos le acechaban. Su mayor satisfacción la cifraba en averiguar si tenía que vengarse de alguien ó lavar con sangre algún ataque á su caballerosidad. Profesaba la convicción de que todo sentimiento

de ira, de venganza, de desprecio al género humano, eran los más nobles, los más poéticos sentimientos que pueden albergarse en el alma de un sér superior á todos los otros; pero su amante, una circasiana que conocí más tarde, aseguraba que el teniente era el hombre mejor y más dulce de la tierra, que todas las tardes trasladaba al papel sus Memorias, echaba sus cuentas sobre papel rayado y puesto luego de rodillas imploraba la bendición de Dios. Y qué de sufrimientos no le atormentaban sólo por presentarse á sí mismo tal como quería ser, al ver que sus compañeros y hasta los mismos soldados no querían comprenderle!... Una noche, en una de sus acostumbradas excursiones á orillas del camino con sus *kunak*, acaeció que cayó herido un pacífico thetchenze á consecuencia de una bala que le atravesó una pierna y además quedó hecho prisionero. Siete semanas después el herido fué trasladado á casa del teniente y éste le cuidó y le veló como si se tratase de su mejor amigo.

Una vez curado el enfermo, lo puso en libertad después de colmarle de regalos. Otra vez en una expedición, cuando el teniente rodeado de sus soldados retrocedía defendiéndose del enemigo, oyó que uno de éstos pronunciaba su nombre y que salía del grupo contrario el jefe que acababa de ser herido, haciéndole señas de aproximarse. El teniente, llegándose á donde estaba su contrario, le estrechó la mano. Los *abreks* permanecían alejados y sin disparar, pero apenas hubo vuelto el caballo cuando hicieron una descarga y una bala le hirió en la espalda. También otra vez, en un destacamento, hubo un incendio que dos compañías de soldados trataban en vano de apagar. De pronto por



entre el gentío apareció la gigantesca figura de un hombre á caballo iluminado por el reflejo del incendio. Cuando estuvo cerca del lugar del siniestro, picó espuelas al caballo y desapareció con él por entre el edificio en llamas. Minutos después salía con el pelo y los codos quemados, aprisionando en su pecho dos palomos á los cuales había salvado del fuego.

Llamábase Rosenkrantz, pero con frecuencia hablaba de su origen, que hacía remontar hasta la época de los Variag, asegurando que sus abuelos eran verdaderos rusos.



IV

Un alto en el camino

EL sol había hecho la mitad de su carrera y, á través del aire caliente, lanzaba sobre la tierra seca sus abrasadores rayos. El cielo, de un azul oscuro, aparecía límpido, y sólo por encima de las montañas nevadas comenzaban á formarse algunas nubecillas de un color blanco lila. El ambiente apacible parecía poblarse de polvo transparente. El calor hacíase insoportable. Llegadas á un pequeño arroyo que cruzaba el camino, las tropas hicieron alto. Los soldados, puestos los fusiles en bandolera, arrojáronse al agua pareciendo que querían secar el riachuelo. El comandante del batallón sentado á la sombra, sobre un tambor, expresando su semblante la autoridad propia del mando que ejercía, dispúsose en unión de algunos oficiales á devorar una torta. El capitán se tendió sobre la hierba á la sombra que proyectaba el carro de la compañía. El valiente oficial Rosenkrantz y algunos tenientes novatos instaláronse sobre los capotes tendidos en tierra y prepararon una gran fiesta, como podía verse ya por las botellas y frascos colocados á su alrededor y por la animación particular de los cantadores, que formando un círculo y acompañados de ligeros silbidos entonaban una danza caucasiana, la melodía de *Sezguinka*.

Camilo se quiso sublevar,
Hace de esto algunos años;
Tra la la, tra la la,
Hace de esto algunos años...

Entre estos oficiales hallábase también el joven sub-teniente que nos había saludado por la mañana. Estaba muy contento; brillaban sus ojos, trabábasele la lengua, quería abrazar á todo el mundo, demostrar su cariño...

Pobre muchacho! No sabía aun cuán ridícula resulta esa franqueza, esa libertad que con todos demostraba, atribuída por los demás no á la afección y al querer, como él pretendía, sino á la burla y al desprecio. Tampoco sabía, en cambio, que cuando loco de contento se arrojaba sobre el capote y, apoyando la mano en el suelo echaba atrás su larga cabellera negra, estaba extraordinariamente hermoso...

Dos oficiales, sentados en una banqueta, jugaban á las cartas sobre una mesa que habían improvisado con el toldo de una carreta y algunos palos. Escuché con curiosidad la conversación de oficiales y soldados, siguiendo con el mayor interés la expresión de sus semblantes. Pero en ninguno hallaba ni siquiera sombra de la inquietud que á mí me atormentaba. Bromas, risas, cuentecillos picarescos, todo era bulla y algazara, como expresión de la indiferencia hacia el peligro próximo, como si nadie quisiera pensar en que tal vez algunos ya no pisarían más aquel camino.

V

Mis primeras impresiones

A las siete de la tarde, llenos de polvo y fatigados, penetramos por las enormes puertas que guardaban la fortaleza de N... El sol se ocultaba, arrojando sus oblicuos rayos de un color rosa sobre el castillo y las baterías, sobre los pueblos que rodeaban el fuerte, sobre los campos cultivados y amarillentos, y aún sobre las blancas nubes que envolvían las montañas cubiertas de nieve, imitándolas y formando una cadena no menos pintoresca y sorprendente.

En el pueblucho situado junto á las puertas de la fortaleza, un tártaro subido sobre el tejado de una capilla llamaba á los fieles á la oración. Los coristas cantaban ya con su acento duro y enérgico.

Después de descansar algunos momentos y arreglada mi *toilette*, fui á casa de un ayudante de campo amigo mío para pedirle que explicara al general la intención que me animaba. Al pararme en las afueras del fuerte, ví lo que no esperaba... Un precioso coche de dos asientos en que se divisaba un gran sombrero á la moda y en el que se oía una conversación en francés, pasó veloz por delante de mí. Por la ventana abierta de la casa del comandante llegaban hasta mí los acordes de una *Lisenka* ó *Katenka-Polka* ejecutada en un desafinado piano. En la tienda de un vendedor de vino por delante de la cual pasaba, algunos empleados estaban sentados teniendo delante unos vasos de vino y oí que uno de ellos decía á